

bienes de que mantenerse, ni salud ni fuerzas para ganarlo; de manera que no todos los que se fingen pobres lo son; porque aunque lo sean de bienes temporales, si tienen salud, edad y fuerzas para trabajar, no se deben llamar pobres, porque deben vivir por su industria y trabajo, no quitando la limosna y el pan á los demás pobres legítimos; y la pereza de trabajar es pecado grave, y es manifiesto hurto de la limosna querer que se aplique al que puede vivir de su trabajo. Muchas veces he visto que los que van por el mundo pidiendo estando sanos, jamás oyen misa á derechas ni reconocen superior: usan de demandas importunas, y con conocimientos fingidos, desquiciando las voces del natural, y envestidas en lástimas coloradas que estorban la intencion de los otros que oyen misa. Muchas veces por sola curiosidad de vida se andan de tierra en tierra, comiendo el pan de los pobres, tirando con frio y desnudez voluntaria las camisas y zapatos, que habian de ser de los vergonzantes verdaderamente desnudos. Y así esta vida en todas maneras es muy peligrosa, y los que la profesan deberían reparar en los grandes inconvenientes que trae consigo, porque con la grande ociosidad de vida, siendo viciosos, comiendo, bebiendo donde quiera que lo hallan, y faltando como les falta el uso de los sacramentos, con que se fortifican y perfeccionan las almas para no caer en pecados, y los demás ejercicios de cristianos devotos, están en notorio peligro de caer en muy grandes vicios, y en especial de sensualidad, estando los mas amancebados; y pluguiese á Dios, que no fuesen otros mas detestables, durmiendo por los portales y pajares y otras partes ocultas, y estando aparejados, por la desórden de vida que traen, á que la gente de mal vivir les persuada á cualquier feeza. Y no penseis (dijo), hermanos, que es pecado que se puede pasar por alto la codicia insaciable que tienen los que llevan esta vida, que no gastando casi nada juntan mucho dinero, y pienso que hay muy grande cantidad repartida entre ellos, como se ha visto muchas veces, que se han hallado muchos reales y ducados en la pobre ropa de muchos que mueren por los campos y calles, que parece que no tenían un maravedí, y verdaderamente se pueden llamar homicidas de sí mismos, de cuya salvacion con razon se puede tener sospecha; pues pudieran conservar mas su vida, si no hicieran las invenciones que hacen de desnudez, andando todo el dia y la noche desnudos, pudiendo y debiendo ir abrigados: que aunque les vistan personas caritativas movidas de la piedad á que les mueve la fingida desnudez, luego venden lo que les dan para juntar mas limosnas, y mover mas á la gente para que les den; y esto, demás del daño de la salud, es contra la honestidad, que en las ciudades políticas se habria de remediar este abuso, porque es cosa de grande vergüenza verlos entre mujeres principales y honestas en las iglesias y otras partes, de que se han avergonzado y quejado muchas; y con esta codicia insaciable se echan por los lodos y en el suelo á tiempo que hiela mucho, y al sol de verano en el lleno del calor, para quitar la limosna á los pobres enfermos y contrechos sin violencia ni invencion, y á los vergonzantes y encarcelados, hospitales y monasterios pobres, y ermitas y otros lugares pios, donde se reverencia el culto divino. No digo yo, hermanos, que vosotros lo hagais desta manera; pero poned la mano en vuestro pecho, y mirad si os toca; y advertid que hay muchos que con poco temor de Dios, movidos desta ociosa y mala vida, pudiendo trabajar en otras cosas, se hacen llagas fingidas, y comen cosas que les hacen daño á la salud, para andar descoloridos y mover á la piedad que no se les debe; fingiendo otras maneras é invenciones para este efecto, y haciéndose mudos y ciegos no lo siendo, y torciendo á sus hijos piés ó manos, y cegándoles, que son cosas dignas de llorar y aun de remediar; y debria su Majestad y sus ministros

mirar en daño que tanto va acudiendo en nuestra España; y á la verdad se ha entendido que en Madrid y en otras partes se ha empezado á poner remedio; y ha ordenado su Majestad, como cristianísimo monarca, que se hagan albergues para los pobres mendicantes, porque no vayan perdidos, y se castiguen rigurosamente los que estuvieren sanos y no quieran trabajar. Y así, hermanos, pues es cosa que como cristianos la debemos mirar y considerar por el servicio de Dios, y por el castigo temporal y corporal de la justicia que es lo menos, mirad por vosotros, y si acaso valeis para otros ejercicios, dejad este, y no queráis representar á Jesucristo falsamente, que él está disfrazado en el pobre legítimo, pero no en los que usan mal desta representacion. Que aunque es verdad muy averiguada, y la tenemos por fe que Dios sale por fiador de los pobres, diciendo que él toma á su cuenta lo que se hiciera por ellos, y con todo no acudimos á ellos como es razon; pero los que no son pobres no tienen que quejarse desto, ni ponerse en el número: dejen al mundo con su frialdad y poca caridad, que en él á los amigos acatan con el caudal de la cortesía, y les dan de los primeros y mejores manjares, y el mejor ó igual aposento de casa, y les tienen conversacion hasta las medias noches; y á Jesucristo, nuestro señor, que está disfrazado en las viudas alligadas, en las huérfanas arrinconadas, en el enfermo olvidado, en el pobre desnudo, en los hijuelos descalzos y deshambriillos del vecino necesitado, apenas hay quien reconozca, ni quien mire estas personas que le son retrato, siquiera de paso; apenas hay quien tenga memoria siquiera una vez en el mes; apenas hay quien se enferme con el enfermo, tiemble con el desnudo, ni sienta la hambre del deshambriillo. Pero, como digo, á vosotros, hermanos, solo toca el tantear vuestras fuerzas, y si podeis con ellas ganar el sustento, no emplearos por sola ociosidad y pereza en quitar la limosna á los que verdaderamente la merecen. Y perdonadme, hermanos, que os he hecho muy larga amonestacion, y sabed que la razon por que procuro enseñar este camino á los mendicantes y dalles estos documentos, es porque he profesado muchos años esta misma vida con el vicio de ir vagabundo y holgazán; y pienso que en ello he ofendido mucho á Dios nuestro señor, y él por su divina misericordia me tocó y trocó de su mano, y así procuré apartarme en esta soledad á serville: plegue á su Majestad que acierte y á vosotros os encamine.»

Agradecimosle al buen ermitaño los buenos consejos, el cual luego se retiró á su ermita; mas los tres de nosotros estábamos tan estragados y inconsiderados, que nos aprovechamos muy poco dellos, antes el buen micer Morcon, como hombre obstinado, y que habia hecho callos en el oficio, y en el no atender á persuasiones, le hizo sus apodos, y llanamente se burló del, dando razones sofisticas en respuesta del sermón. A mi me movieron tanto las razones perentorias del santo ermitaño, que propuse entre mí de emprender de veras el continuar mis estudios, y elegir camino de virtud y religion. Con este intento, que tomé entonces por resolucion, me escabullí de mis tres compañeros, di la vuelta de Alcalá de Henares, universidad antigua de España, y muy nombrada, acordándome también de que en ella está el cuerpo del glorioso san Diego, de quien yo era muy devoto, y deseaba visitar su sepulcro y capilla.

CAPITULO V.

En que Guzmán cuenta su camino de Alcalá de Henares, y el asiento que hizo con unos estudiantes para proseguir sus estudios.

Lo que me sucedió en la universidad de Alcalá de Henares, no me da lugar á que por menudo cuente mi viaje hasta llegar á ella, por no detenerme en lo menos importante. Bien es verdad que sentí mucho el largo camino y haber de gastar de mi dinero recogido, por no pedir por

Dios, estando sano; y acordándome de los documentos del ermitaño, no me determinaba á pedir; y así, llegado á Alcalá, que fué mas de mediado setiembre, yo tenia mucho cuidado, por hallarme con poco dinero para ponerme en hábito acomodado de estudiante capigorron, para asentar con algunos que me diesen de comer. Entraba con esta pesadumbre; y porque iba en hábito tan estravagante y diferente de la profesion de letras, llegado á la puerta de Madrid, que vine á entrar por aquella parte, veo llegaban también cinco ó seis estudiantes juntos de la parte de la Mancha, y que salieron á ellos dos clérigos de buen aspecto, y les dijeron: «señores, vuestras mercedes vienen á oír artes, y se han de servir de venir con nosotros, que tendrán buena posada y regalo.» Quise saber de un buen hombre que allí estaba, qué era la causa que les convidaban de aquella suerte á buena posada, y gente tan de bien, que no parece que hacia oficio de hospedar por precio, cosa que no habia visto en todo el mundo que habia andado. Entendí, que para obtener las cátedras de artes en aquella universidad, que se dan por votos de los estudiantes, es menester tenerlos propicios y sobornales, y que es costumbre antigua hospedar y regalar á los que vienen á oír esta facultad, para que den el voto. Lleguéme á los clérigos, y dijeles si me sabian alguna comodidad para mí, que aunque venia en aquel traje, pero venia á oír artes, y tenia con que repararme de vestido. Pensaron que burlaba dellos, porque tenia mas bocas mi vestido para desacreditar, que yo para persuadir: echábanme por alto, jugándome del vocablo y diciendo, que en Alcalá no se leían las artes que yo habia menester, porque las de allí eran liberales, y yo aun no tenia talle para las mecánicas. Parecióme que convenia deshacer la violenta presuncion del vestido con prueba real y evidente, la cual puede mas; y así, enderezando mis razones en latin á mis clérigos, les dejé muy maravillados de que un mal-trapillo sucio y ahumado supiese tan buen lenguaje retórico; que á la verdad, como comprendí en aquella populosa ciudad de Roma, y de buen maestro, sali razonable discipulo; demás que también supe mucho griego, que apura mucho y favorece la latinidad. Hicieronme muchas preguntas de mi vida, porque les parecia monstruosidad haber buen latin debajo de andrajos; y visto que realmente llevaba camino lo que yo decia, me hicieron mucho favor, dieron conmigo en la posada, donde tenían los demás, proveyéndome de cama y comida, y ofreciéndome de procurarme asiento con quien me sustentase para proseguir mis estudios.

En la primera cena que comí con los demás estudiantes que estaban en aquel patio, cerca del colegio de Lugo, fué bien menester estar yo previsto en cosas semejantes, para no correrme de la vaya que me dieron; porque al tiempo del sentarnos no habia hombre que me quisiese á su lado, por verme tan deslustrado y mal compuesto: fuime á poner en un banco en harto humilde lugar, y con todo, dos que habia sentados se levantaron, y dijeron: «hombre, vuélvete á la cocina, que después comerás, que el cocinero no ha de comer antes de dar la comida.» Todos se alborotaron, y murmuraban que los que tenían cuento en aquel patio querian poner gente de cocina en votos de cátedras: no podia responder, que no daba lugar el murmurio de tantos mancebitos barbiponientes, y con toda serenidad esperaba mi vez para dar mi descargo. Entró al ruido el pretensor de la cátedra, á cuya costa comiamos todos, y quiso saber qué novedad habia, y aqui fui segunda vez examinado; porque diciéndole todos la causa, y viéndome á mí tan desacreditado de ornamento, dijo: «¿quién ha metido aqui este picaron? los con Dios, hermano, que esto es solo para estudiantes.» Le respondí: «también lo soy yo por gracia de Dios, y daré razon de mí.» Arqueó las cejas y volvió los

ojos á todas partes, para ver qué sentian todos desta maravilla y prodigio. Yo proseguí, viendo que me daban tanta atencion, diciendo: «no hay que maravillarse de sola la falta de vestido, pues pueden vuestras mercedes ver luego en mí si tengo suficiencia para lo que pretendo, que es oír artes. En Roma estudié gramática, griego y retórica; y aunque no soy escelente como Demades ni Demóstenes, y parezco al otro Demóstenes cocinero, que quiso meter su cucharada ante el glorioso san Basilio y el emperador Valente, cuando conferian de la heréjia de los arrianos, la cual favorecia el emperador, y porque habló como cocinero, mereció oír del santo doctor Basilio: *Vidimus sine litteris Demosthenem*, aludiendo á la suma elocuencia que el deste nombre habia tenido entre los griegos, y las pocas letras que mostraba este otro Demóstenes. Pero quizá tengo mejores interiores que exteriores, y bajo de mala capa hay latinidad mal acreditada, y los que profesan amor de ciencia no habian de reparar en vestidos: *quia corporis habitum contemnit philosophus*; y las virtudes son las verdaderas ropas que honran y componen, y no este ornato exterior; y así dijo san Efreem: *Dum vestem audis nuptialem, ne de vestimentis quibus induimur id existimes sed de bonis operibus*; y Origenes dijo: *Ornamentum tibi est unaquaque virtus*. Porque á la verdad las vestiduras solo sirven para cubrir la vergonzosa desnudez del hombre; y aunque sirven también para ornato, con que el hombre se compone, honra y atavia; pero con la riqueza y valor destas, dice san Gregorio Nacianceno, caza al hombre su vanidad y desestima entre los otros. *Quod si è diverso* (dice Rodiginio) *præveniem nimisque vilem affectaveris vestitum, spectaculo et risui inimicis eris: vel etiam ut extremè pauper, inops, et passim contemptibilis fies*. De la manera que hoy me acontece y es ordinario, que en viendo á un hombre bien vestido, le estimamos por otro del que es; en tal manera, que la azada del labrador, el trinchete del zapatero, la carda del pelaire, y el pujante del herrador, se cubren el dia de hoy con una buena capa, para no ser conocidos de su propio padre, como antiguamente Jacob con las ropas de Esaú. Bien podria referir la declaracion que hizo Ciceron de aquel mandato, por el cual se habia ordenado á los senadores tuviesen el hábito, cual convenia á su estado, á su honra y á la potencia de los romanos, para que con aquella gloria de cada particular se descubriese á los naturales y estrangeros la grandeza de su república; pero no es bien alargar en tal ocasion las razones del cocinero, que parecen del villano del Danubio; pues por la mesma razon hallamos que Faraon mandó vestir á José, Asuero á Mardoqueo, Baltasar á Daniel, en atavios rozagantes, para que mejor representasen con aquella pompa la autoridad que les daban de presidentes en sus consejos, y de gobernadores supremos en los estados. Deben, señores, tomar en cerro el dicho del glorioso padre san Jerónimo en el tratado de *vitando suspecto conventu*; que son las vestiduras indicio de lo que hay en el corazon, y demostracion de la honra que tiene cada cual. Y no consideran que esto es argumento, como dice el santo, é indicio que puede ser falaz, pues no es demostracion ni regla cierta; y así concluyo, que estoy aparejado para que vuestras mercedes me examinen y juzguen por las razones verdaderas, y no por presunciones engañosas.»

Todos me escucharon como si hablara un portero ó monstruo; porque en mi boca parecian tanto de mas fundamento las razones, cuanto de quien no se podian esperar; abrazóme el maestro, y pidióme perdon, y dijo, que me queria por hermano y amigo, y que le habia mucho edificado, y procuraria de valerme en todo cuanto pudiese; y los demás se maravillaron de nuevo de que de repente hubiese dado tal razon de mí mismo, y deseaban

sumamente saber de dónde había escapado en tal figura, quien tenía mayores letras que no ellos de latinidad; pero como eran nuevos y oían al nido y á pañales, pensando que era mayor agudeza, empezaron á hacerme apodos, y no era muy difícil el acertar algo en esto, porque yo estaba tal que todo me cuadraba. Parecía ministro de los fueles de Vulcano, el faeton tostado, barredero de horpo, lavador de cubas, vindmiador de todo el año, danzante sin cascabeles, y todo cuanto querían que pareciese, parecía; y daban tales risadas celebrando sus dichos, que bien parecía patio de votos, mesa de muchachos y vaya de estudiantes; de manera que me alcanzaba la maldición de verme en poder de muchachos. Dejé pasar la furia comiendo, como si no se hablara de mí, dejando las otras ovejas que balaban, y cuando estuve bien satisfecho de comer, y ellos de hablar y reír, para que vieses que conmigo no valían razones para correrme, ni apodos para turbarme ni enojarme, les hice en pocas palabras un breve epilogo de mi vida, con que cerré sus bocas para adelante, y satisfice el deseo que tenían de saber de mis pasos.

Dije pues: «señores, agora ya puede ser que salgan colores á la cara, por la sangre que he metido de nuevo; que el no haber salido hasta agora fué porque no tenía en las venas ni en la bolsa, y también porque la sangre que acude á dar auxilio á la cara, no le pareció que la mia había menester socorro, como aquella que de mayores trances ha salido amarilla y sin valerse de sus vecinos. Es sevillano el que ven sin apariencia de estudiante, crido en San Juan de Alfarache, refinado de golpe en la Puerta del Sol de Madrid y calle de Toledo, trasplantado en Roma, pasado por entre picaro de cocina y estudiante de todas lenguas, apurado en Nápoles, y aunque nuevo en Alcalá, viejo en todas universidades.» Cobraronme todos mucha voluntad, y con la novedad de mis cosas y gusto que les daba mi plática, les entretuve hasta las doce: no hubo quien no me ayudase para que me acomodase de vestido; y así al otro día me tuvieron todo un vestido usado, comprado de uno el herruelo, de otro la ropilla, de otro calzones y medias, y quedé puesto en hábito decente, y luego aceptado por criado de cuatro estudiantes, que pensaban estar de camarada acabado su alojamiento franco: los dos eran de Huete, y los otros dos tío y sobrino del castillo de Garcimuñoz, gente llana y de muy buen trato: así yo le tuviera, y perseverara en el buen camino comenzado; pero era mi natural seguir mis apetitos, que eran bien desordenados, como adelante verás.

CAPITULO VI.

En que refiere Guzmán de Alfarache lo que pasó en Alcalá de Henares.

Escribime en la matricula de la universidad, y pudieran luego graduarme de refino, si hubiera grados de malas costumbres; porque luego las saqué á plaza; que con la mala costumbre tenía tal hábito, que no se había mudado con el de estudiante; y Dios te guardé de habituarte y endurecerte, que es difícil de mudar lo que se vuelve en naturaleza; el veneno acostumbrado alimenta.

¶ Temiase Mitridates, rey de Ponto, de lo que á muchos principes acontece, que es ser atosigados por manos de amigos ó enemigos; para perder este miedo, y no vivir siempre en recato (que es un alguacil muy importuno), acostumbró á beber cosas ponzoñosas; llevó poco á poco, y como de muchos actos semejantes se cobra hábito y costumbre, de tal manera enseñó su estómago á este pasto en la mocedad, que siendo vencido por los romanos en la vejez se quiso matar con veneno y no le valió; y así hace mucho al caso para alcanzar buenos fines tomar enderezados principios; porque la habituación de las cosas, en que los hombres se ensayaron cuando niños, facilita las dificultades que sobrevienen

cuando grandes; mayormente, que el hombre es de tal condicion, que ha de mirar mucho á qué se acostumbra, y evitar con maña y sufrimiento su inclinación perversa, considerando, que el miserable es tal, que todas las desventuras del mundo hacen prueba en él; tan sujeto á mudanzas que es una luna, tan llena de altos y bajos que es una sierra ó montaña, tan ignorante de lo que le conviene que le esceden todos los animales; tan sujeto á novedades y alteraciones que no hay Euripo que tantas colores mude, y sobre todo, es tan flaco, que cae de su estado sin que lleguen á él; y es al fin tan lleno de tornasoles como una flor, sino que se acaba presto; y el enderezar las costumbres malas y envejadas es muy difícil. ¿Qué mucho que un mozo libre, cencil, mal habituado y con la sangre hirviendo, dé corcovos, si le quieren meter en pretina, y amoldar á todo lo contrario que su natural pide? No niego que las marfiladas quebrantan la piedra, y aun el diamante, y los muchos golpes continuados abollan el ayunque, y el trabajo perpetuo es poderoso para vencer naturales muy rebelados. ¶

¶ Pero como yo me era ayo, y el ayo y discípulo eran de unas mismas costumbres, no había quien corrigiese, y dejábame ir á rienda suelta tras el gusto, y entonces le tenía en libertades, vicios y preciarne de perdido; y no había capigorrón en Alcalá que me llevase ventaja en correr de noche pasteles, castañas, frutas y todo cuanto había, en hacer burias y engaños á tenderos, especieros y confiteros. También me hice de la valentona, y de los que por su gusto salen de noche á buscar y acuchillar al corregidor: allí me enseñaron á florear los naipes de mil maneras; y porque era de ordinario el juego de la carteta, el juntar encuentros y azares, saber alzar por donde conocía que venía el azar, y otras mil tretas con que pelaba algunos novatos, aunque yo de nada me aprovechaba; que lo que por aquí adquiría, gastaba en meriendas á Nuestra Señora del Val, y viajes á Madrid con algunas hembras y otros mancebitos de tan buenas costumbres como yo, venta de Viveros y juego largo; que es camino aquel donde se gastan hartos reales, de padres que los sudan para enviar á hijos que no los lloran.

Noche de San Lucas estábamos en la luna jugando en un monteuelo que hay delante la venta, que mientras se aderezaba de comer no me quedó blanca en la bolsa. Nunca me faltaba que gastar, ni jugar: todos me conocían, todos me prestaban, era volario el dinero, iba y venía, y de ocho á ocho días amos nuevos; porque no había quien de buena gana me fiase la dispensa, porque á todo faltar también probaba la mano con ella, y alguna vez pensaban mis amos tener olla muy sazónada y su medio carnero del rastro, y entre doce y una se habían de traer pasteles, que es comida de poca providencia; y para esto había yo de buscar el dinero prestado. Las cosas de estudiantes de Alcalá son un abismo; no se pueden comprender en breve historia: no se duda que hay muchos virtuosos y que trabajan y estudian, y procuran aventajarse, y llevar grado honroso, y hacer tiro al primero en licencias. Frecuentan la compañía, que es cosa de mucho fruto, y frecuencia de sacramentos, y por la cual ganó mucho aquella universidad. Destos no hay que tratar, porque hay muchos de excelentes ingenios; y generales en todo y maravillosos poetas, que cierto lo que se escribe cada un año en alabanza del santísimo Sacramento, en la fiesta y junta de poetas, que acostumbra hacer aquella universidad, es cosa muy curiosa y pia. Pero otros tan mal curiosos y de perversa inclinación y rudos ingenios, que á quince años de matricula y diez cursos en cada facultad, no saben leer ni escribir. Estos eran mis camaradas, los que se preciaban de picaros y desvergonzados. A las ocho de la mañana á esperar la farsa y al prestiti; que es la obligación de acudir á San Ildefonso, templo de la universidad, solo pasar de la una puerta á la otra. De no-

che la cota, espada y rodela, de día bastaba ver las escuelas desde la plaza de Santa María: del camino y carros ordinarios á Madrid, grande experiencia é inteligencia; y si faltan en cada viaje mujer de la vida, y otra persona que no es bien se escriba, y rape el diablo la lición á derechas que se oia. De los que leían las cartas de sus padres, yéndolas quemando á la vela, y si no había ahí te envío, acabando en ellas el auto de la fe, y relajación al brazo seglar, gente de la puerta de Madrid y caperuzas manchegas de noche, y al fin, de aquello que desacreditaba la universidad de Alcalá, por el poco seso de los mozalbetes inconsiderados, que ni les parece hay Dios, ley ni rey.

Asenté con tres hijos de vecino de Madrid, que de ordinario son gente desuuelta, como criada en la corte: el uno se preciaba mucho de galán de monjas, y tenía su devoción, cosa que jamás aprobé con todo mi mal trato; que á la verdad desde un día que oí contar muchos sucesos desastrados, que habían sucedido á los que procuran la inquietud de las doncellas consagradas á Dios, siempre llevé en el entendimiento de no arrostrar á tal disparate; y con muy justa razón son castigados aun en esta vida, los que se atreven á pensar torpemente en las esposas de Cristo; porque habiéndose ellas retirado del mundo, y consagrado su limpieza huyendo las ocasiones, los que las procuran son tizonas del infierno, sirven de ministros de Satanás, como envidiosos de que haya tales verjeles en la tierra, imitando la pureza angélica del cielo; y las que procuran con tantas veras imitar á la Virgen purísima, es bien que todos las veneren y honren, y no se las atrean.

¶ Grande es el valor de las doncellas castas, que con razón debería avergonzarnos; pues siendo nosotros los que tenemos mas fortaleza, ellas son las que nos vencen, y han hecho maravillosos ejemplos de castidad. Dejemos á Penélope, Dafne, Biblia, Cenobia, Baldraca, Dula, Drias, porque sin las gentiles hay mucho que mirar en las admirables flores que en el paraíso de la Iglesia católica se han criado: la constancia de una Caterina, la fortaleza de Inés, el ánimo de Agueda, el valor de Dorotea, el pecho de Lucía, la grandeza de Cecilia, la osadía de Sofronia, Tecla, Apolonia, Emerenciana, Prisca, Engracia, Margarita, Bárbara, Leocadia y otras muchas; pues no han sido una, ni dos, ni tres las que han pospuesto la muerte á la limpieza, sino monasterios enteros, cual el de aquellas monjas (no menos valerosas en nación, pues eran españolas, que venturosas en religión, pues eran cristianas), las cuales siendo criadas por la gloriosa santa Florentina, hermana de los muy señalados arzobispos Leandro y Isidoro, en una sagrada casa, ribera del Genil, en la ciudad de Ecija, cuando por los pecados de los naturales ocuparon los moros estos reinos, llegando á dicho monasterio, no hallaron los bárbaros persona en quien ejecutar la carnicería de su sensualidad, porque las santas religiosas, temiéndose del peligro que corría su limpieza, se afearon los rostros tan monstruosamente con heridas, que cuando los africanos llegaron, espantados de su asco y fealdad, las degollaron. Mas no fué un monasterio solo sacrificado, como corderas, pues sabemos de pueblos, ciudades y reinos enteros dedicados al martirio por la misma causa. Tal fué el de la generosísima princesa santa Ursula, hija del rey de Bretaña, que en compañía de otras once mil doncellas á manos de los Hunos, gente bestial, fué muerta por conservarse entera para el esposo del cielo, con no poco menosprecio del terreno. Cuán lejos van desto los que ponen los ojos y se atreven á las monjas recogidas, y de puro afeminados se componen, atavian, encrespan, alcoholan, y traen copetes enrizados como vanas mujercillas, y sienes engomadas con que vencen á las mismas mujeres en afeminación. Bien parecen hijos de Cain, y vecinos de la ciudad que edificó, cuya genealogía, según nota san Agustín, acaba la divina

escritura en Noema, que es mujer; pero la del hermano Seth prosiguese y fenecce en varones. ¶

No me quiero alargar en mayor digresión, aunque es tanta la perdición destos tiempos, que merecía libro entero, y vuelvo á mi amo, que no había quien le sacase de entre rédes y parlitorios, muy mirladito y melado; valíanle sus presentes de confituras, alcorzas y mermeladas; mas bien le costaban de esperar, como pescador de caña. También era poeta, y hacia sus versos con piés de bancheta, aunque no quería entender que era perverso poeta y sus versos perversos: todo era alabanzas del género femenino con que se alababa á sí mismo; pues tenía mas dél que del varonil. No puedo yo pensar que hallase en monjas igual correspondencia, de que cuidasen dél como él vivía cuidadoso; que son gente muy religiosa y virtuosa, y parece que heredan la discreción, ó se les reviste en las mantillas, y la retórica antigua se ha trasladado y retirado á sus conventos.

Un día le fui á buscar al convento adonde solía acudir; porque le habían traído cartas de su padre, y halléle hasta los codos metido en conversacion, y otro estudiante en el mismo parlatorio que hablaba á dos manos con una señora monja, y una dama que estaba al lado de una buena vieja. Antojósemme que era traza de entrambos, dama y galán, el venir á hablar en aquel lugar, dando á entender que hablaban á la misma monja, y á mí parecer la tomaban á la que ignoraba sus ardidés por cubierta de sus intentos: tal me pareció, y no me debí de engañar por las razones que entablaba el estudiante, que no parecía Juan de Dios. Era negocio fundado, y que tocaba historia, cubriendo con metáforas lo que se hubiera dicho sin cortezas, si no tuvieran testigos de vista. En suma, disputaban una cuestion, probando cuál era mejor, la esperanza ó la posesion: la dama defendía que la esperanza, y tenía por su parte á la señora monja que le ayudaba; el galán, como bobo, decía que tenía por mejor el poseedor, y gozar lo deseado. Probaba la señora su opinion diciendo, «que la esperanza es vispera del placer, y tanto mas felice cuanto lejos de la tristeza, la cual sigue luego al alegría; pues parece que es mas de estimar la esperanza, donde hay la alegría y menos vecindad con la tristeza, que la posesion alegre, á la cual sigue luego el pesar y afliccion. Mas no habemos jamás visto ni entendido que la posesion se haya tenido por cosa divina, y sabemos que la esperanza fué un tiempo tenida por diosa, y como á tal le hicieron los romanos templo en la plaza, cuya imagen, según se ha visto en una moneda de Adriano, emperador, era una moza con un vaso lleno de manjares y frutas, y una letra que decía: «esperanza de la república;» y otros la pintaban vestida de verde, de manera que en mas hemos de estimar la que fué tenida por cosa divina. Otrosí: lo poseido es menos estimado; porque no hay cosa en esta vida, que después de gozada no se tenga en menos; luego mejor es la era en que mas se estima lo pretendido, que cuando se tiene en poco por poseído. Mas adelante el que espera cuida, desea y apetece, y desto recibe placer y alegría: el que posee está tan olvidado, que ni quiere ni estima. Añadió la señora monja á estas razones, que la esperanza en sí sola tiene mas perfeccion que la posesion de lo que se espera; porque lo esperado con seguridad es en su manera poseído, y también esperado; y el que posee solo tiene la posesion; porque en llegando á ella se acaba la esperanza.»

¶ Pero pasemos á lo que alegaba el estudiante, para esforzar la excelencia de la posesion que él pretendía. Dijo pues: «todo cuanto se esfuerza y contrapone por la esperanza, es por razon de la posesion; de manera que el bien que se considera en ella no es por sí, sino por lo que espera: luego mejor será el mismo bien esperado que no la esperanza. Segunda razon: el fin siempre es mejor que los medios, porque los medios se ordenan y dispo-

nen por el fin; luego mejor es la posesion que el fin deseado; y así se dice vulgarmente: bienaventurado el que posee. Dejemos pues aparte lo que está mal recibido, el esperar y esperanza, que es vulgar el dicho: quien espera desespera; y solemos decir, por solo no esperar no fuera judío, y consideremos que la seguridad del bien es la mayor fineza del: esta tiene el que posee, y no el que espera; luego mejor es el poseedor. Añádase que si el que espera tuviese por mejor la esperanza, y no quisiese llegar á la posesion, no esperaría, ni aquello se podría llamar esperanza, sino desesperacion; porque no se podía decir que esperaba el bien que no quería que llegase; y así la perfeccion está en la realidad y fin del deseo, y no en solo el apetito; y de aquí es que el deseo prolongado es rabia y muerte. Y todo lo que es tardar el bien y la posesion de lo que se quiere, es estar sin él, y carecer del propio gusto y deseo; y esto no se puede aprobar por cosas mas dichosas, que tener el bien en las manos, y gozar lo que se ha esperado. Mas, que esperar, sin estimar mas el bien que el deseo y esperanza, desde de la misma esperanza, y es juntamente querer y no querer, esperar y no esperar, y verdaderamente no entenderse hombre á sí mismo: lo que no queremos que llegue, no lo esperamos con deseo; y si gustamos mucho del deseo y esperanza, es porque estimamos mucho el bien que ha de venir; y desear que llegue y no desear que llegue son cosas muy contrarias y incompatibles. Y finalmente, aunque parece la misma razon el que desea y espera, no desea el deseo y esperanza que este palo tiene; y desto es llano que está en posesion, sino que desea el bien que espera, y deséale porque le quería tener, y no estar sin él; luego mas quiere la posesion que el deseo. Y en conclusion, el que se contenta con sola esperanza, y no desea que llegue el bien apetecido, habemos de decir, ó que no tiene tal esperanza, pues no se puede llamar así, no queriendo que llegue lo que se espera; ó habemos de afirmar que ya está en posesion, pues no pretende mas que esperanza, y esta ya la tiene. Y quien es tan amigo de sola esperanza debe confesar, que quiere mas el golfo que el puerto, el camino que el poblado, el trabajo que el descanso, la afliccion que el sosiego y alegría, la guerra que la paz, el martirio que la gloria, el medio y no el fin. Por los frutos trabaja y espera el labrador; por la honra se pone la vida al tablero; y en suma, nadie pone los medios por los mismos medios, sino por el fin que piensa conseguir, que de otra manera no los pondría.

Muchas otras razones se alegaron, porque habian tomado á destajo á ventilar esta cuestion, que era por modo encubierto para los que no lo querian entender, persuadir el galán que se hiciese el entrego. Pero mi amo, con esperanza de que las cartas no vendrian sin dinero y otros regalos, cortó el cable y se vino conmigo. Y de buena gana les dejó proseguir su cuento, y no esperen que les atajare ni volveré á inquietalles, ni mi amo tampoco en buenos dias; porque las cartas eran de su madre, diciéndole que su padre súbitamente era muerto, y que fuese á amparar su casa y hermanas; y así del todo se nos fué de la universidad, aunque él dias habia que estaba reñido y despedido della, porque todo su negocio era freir palabras en parrillas, y hacer yerros en hierros; que los libros de casa el librero los cobró, el que se los ganó á las quinolas; al fin, mozo de Madrid de la calle Mayor, de lo de la Red de San Luis, calle de las Infantas, Prado y Atocha. Quedéme con los otros dos, que si no eran devotos de monjas, no les faltaban otras tachas.

CAPITULO VII.

Prosigue Guzmán su vida en Alcalá, y cómo se fué á Madrid.

Los otros dos amos que me quedaron demás, que no querian ver libro, ni atender como yo mismo á lo que habian venido á la universidad, jamás se les caian las gui-

tarras de las manos, y es verdad que lo hacian bien y daban mucho entretenimiento; cantaban muy buenos toncillos, y siempre tenian de nuevos, y aun el uno los sabia hacer muy bien y poner en el instrumento.

¶ No digo yo que es grande tacha ser músico, que bien he leído que es comun sentir de todos, y en especial del filósofo Platon y su discípulo Aristóteles, con los cuales concuerda el glorioso san Isidoro, doctor español, que la música es ciencia muy importante; y tienen por caso de tan menos valer y tan indigno del hombre no saber música como no tener letras; y pues el hombre sin ellas piensa Aristipo que es bestia cerril y por domar; y Estrabon dice, que es niño manco de juicio; y al que se esmera en ellas le llama Filon dios del necio: bien podemos sacar en consecuencia que el hombre amigo de la música es divino, y el enemigo della es de condicion bruto y animal. Y aun el Espíritu Santo en el *Ecclesiasticus*, c. 44, dice: *Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua*; y mas abajo: *in pueritia sua requirentes modos musicos, et narrantes carmina scripturarum*. Es verdad que los egipcios tuvieron el uso de la música por peligroso y de gran perjuicio para su república. Y escribe Diódoro Siculo, que jamás la quisieron admitir. Daban por razon que el canto encanta, divierte grandemente de los demás buenos ejercicios, y así ocupa el tiempo debido á cosas de mayor importancia, y por esta causa era bien dañosa la música á mis estudiantes, que ponian en ella toda su felicidad, sin que quisiesen dar un momento al estudio de otra cosa: era la inclinacion natural, y así nadie era parte para reformalles; y por el contrario, en materia de música, si uno es aplicado, piérdese el tiempo y el trabajo por mas que se canten mil alabanzas della, y el que tiene en esto naturaleza hace maravillas, y puede aun en los ánimos, como se vió en el Magno Alejandro, que tenia un músico que se llamaba Zenofonto, con cuya suavidad de voz no solo se recreaba, mas despertaba las pasiones de tal suerte, que si le tocaba arma en la vihuela, espavorido el venturoso monarca, arremetia á las armas como si le acometieran enemigos. Alabando ciertos cortesanos el primor del músico, dijo uno de los presentes: «¿por qué Zenofonto como enciende en fuego de guerra el pecho de Alejandro, no le divierte della con la mesma música?» No entendia este el secreto natural del arte, que facilmente arrebató los corazones tras sí, donde hay inclinacion á ella, de lo cual se picaba tanto Alejandro, que teniendo otro músico llamado Timoteo, era su voz tan suave, que la mano puesta al instrumento, parecia lengua delicada que hablaba; y con esto era tan señor de los afectos del principe, que le aconteció alguna vez, estando comiendo, tañerle una batalla con tanto artificio, que le hizo levantar de la mesa y pedir el arnés con grande priesa; y tras esto cuando le vió mas encendido en las armas fingidas, volvió la música á cosas de sosiego, y amansóle con la mesma facilidad que un golpe de agua apaga el fuego levantado. No hacia menos el pastor David con su suegro Saul. Este valor tiene la música donde hay buen sabor y gusto della. Mas si no hay esta aplicacion, es como la poesia, aprovecha muy poco, aunque la enseñe Apolo, tañan y canten los famosos Arquiloco, Filógeno, Aníon, Marcias y Orfeo. Ejemplo desto fué Antea, rey de los scitas, ante quien tañendo Ismenias tan suavemente, que todos los circunstantes quedaron admirados, solo el bárbaro rey, como no gustaba de aquel ejercicio, dijo: «por cierto yo he visto un rocín que relincha con mas dulzura que nuestro Ismenias.»

En casa teniamos la música por pasto ordinario; de noche andaban por las calles dándola á las que ellos querian agrandar; de dia no entendian en otra cosa que parecian encantados; grandemente provocaban con ella, que yo les vi hacer milagros de amores, gozando de muchos

lances; que, como dijo Menandro, es la música grande incitamento para el amor, y en ella se halla grande refugio para solicitar y conquistar los corazones: viene esto de aquella compaña que el alma tiene con la música, á la cual se sujeta, ora esté alegre, ora triste, ora colérica, ora flemática, ora llena de enojo ó de cualquier otra passion; y así les echo mucha culpa, pues usaban deste ejercicio para vicios ó regalo, usando desordenadamente, gastando demasiado tiempo, y haciéndole alcabute de sus malos intentos. Era yo tan fácil imitador, que si ellos tañian yo danzaba, y no hacian tanto son como yo castañetas: estaban ellos embebecidos en su música, y yo tenia tiempo de entretenerme á los vueltos, que segun andaba desencuadrada la casa, nunca usabamos de libro encuadrado.

Algunas noches hacian que les acompañase para dar sus músicas, porque en Alcalá es cosa muy platicada haber en ellas muy buenas cuchilladas, como es la gente de la universidad tan voluntaria, que no han menester apertor para reñir pendencias sin causa ni razon. El primero que se topa cerca de donde se da una música les embiste con sus amigos y camaradas, y á veces suceden buenos disparates, como fué la noche de Santa Cruz de mayo, que estábamos dando música en la calle de la Justa, cerca de la traviesa, donde antiguamente estaba la casa de las Arrepentidas, y nos embisten cuatro estudiantes; á los primeros golpes las guitarras fueron hechas pedazos, y el uno de mis amos, que era el que tenia la pasion de amores en aquel puesto, como se quiso señalar y meterse muy adentro, recibió una cuchillada en la cabeza al lado derecho, que cayó en el suelo sin sentido. Ellos pensaron que era muerto, huyeron, y no fué el negocio de tan poco momento, que estuvo muy á pique de morir. Sacáronle muchos huesos, y tardó en la cama mas de dos meses con muchos accidentes. Vinieron sus padres de Madrid á asistir á su enfermedad, y como tenian también parientes en Alcalá, no le faltaban visitas para añadirle mas trabajo, que creo que fueron parte para curar con mas dificultad, y añadirsele accidentes á la herida.

Mejor me pareció la costumbre que vi platicar en Roma y Nápoles, que no visitan al enfermo hasta que está sano. En España son tantas las visitas, que se alcanzan unas á otras, ya del pariente, ya del amigo, que de verdad si al enfermo le tomasen sano, con la importunacion de tanto «cómo estás» le volverian enfermo; y piensan que no harian oficio de amigos, si no fuesen mas importunos á los enfermos que los consoladores de Job, que presumiendo de muy teólogos, le agrávaron y atizaron las angustias y pasiones de que se dolia. Parece que para remedio de las sobradas visitas de unos, y de las soledades yermas de otros, se podia usar un remedio de poca costa y mucho provecho, en que ganarian salud los enfermos y honra los médicos, aunque los boticarios tuviesen necesidad de aprender otros oficios para ayuda de costa. Háganse unas tablillas estornizadas en que se pueda escribir, así para pobres como para ricos, y firme el médico las de los ricos en que mandan que no le visiten los que no han de visitar para mas que hablar, ó cumplir con solo el oficio de su presencia; y si alguno viniere, ó enviare su paje, escriba su nombre en aquella tablilla: al pié desta tablilla cada dia se escribirá el aumento ó decremento y estado de la enfermedad del paciente; por allí se sabrá para todos, y con la nómina de los que se hallaren escritos, cumplirán mejor en sus casas con el enfermo. La tablilla del pobre estará á la puerta de su casa con letras legibles en que diga cómo en aquella casa hay un enfermo pobre de tal enfermedad: que los que pudieren, le visiten con sus limosnas: de manera, que la tablilla del rico serviria para desaguar el tropel de las muchas visitas, y la del pobre servirá para acanalar al que va descuidado del mal ajeno,

y sepa que en aquella casa hallará materia en que ejercite el oficio de la caridad del prójimo.

Volviendo al enfermo, y dejando la reformation del mundo, que ni toca á mí, ni puedo ser parte para ello: pasó sus peligros, llegó la enfermedad á la declinacion, convaleció y sanó con mas dificultad que la guitarra, que luego fué curada con comprar otra, y con ella se entretenia cuando ya estuvo para ello. En estando mas valiente, se trató que fuese á Madrid á su casa con sus padres, por ser muy entrado el verano, y que ya no se cursaba, para gozar de algun regalo. Como cuadráramos en la vida inconsiderada, teniamos buena voluntad; rogóme que fuese con él; sus padres por dalle contento me lo persuadian. Yo me resolví de seguille, porque tenia lleno el lugar de mis ambrollas y debia á todo el mundo, y no tenia cara para parecer. Salimos sábado en la tarde por ir con tiempo fresco; llegamos á cenar y reposar á la venta de Viveros. Aquella noche fué un juicio, y como no me perdí ya me puedo contar por dichoso y bien afortunado. Habia cargado mucha gente que iba á Madrid á la fiesta de toros y cañas: no quedaba en Alcalá estudiante ni hijo de vecino, y entre los de la fiesta eran muchos de mis acreedores; no me holgué mucho de su vista, pero no me faltaron palabras con que pagalles, ya que yo no pensaba satisfacer con otra moneda. Venian también entre esta gente dos de las castañeras de cerca de la fuente de la plaza de Santa Maria, á las cuales por estar mas cerca de mi posada habia yo inquietado muchas veces corriendoles castañas, y habian caido en la cuenta que era yo. Por estas y mil travesuras que les hacia, estaban muy indignadas conmigo, y habiamos tenido dares y tomares, habianme amenazado y yo les habia dicho quién ellas eran. Como vieron la buena ocasion, y estaban allí sus galanes, trazaron que me aporreasen, y para esto ebaron quien moviese el juego, porque sabian que yo era danzante y que resbalaba sin jabon.

Acabada la cena, mi gente se recogió en un aposento que tenian prevenido, y luego se hicieron muchos bandos de juego y de toda manera de gentes, cuáles en mesas, cuáles en bancos, y en el suelo, y algunos fuera de la venta que hacia buena luna. Estaba tratado que el que jugase conmigo moviese la pendencia y me sacase afuera, y que acudieran los demás á darme mi ajo, como suelen hacer los hijos de vecino de Alcalá, que pueden dar liciones á lo refino de la Puerta del Sol. Yo bien me recelaba, pero no por aquel camino; que no me parecia cosa adrede y prevenida, ni caso pensado. Puestos á jugar con poca ocasion de levantar el naípe, diciendo que yo me entendia de levántalle, se puso en pié, y dijo que le ganaba su dinero con fullerías, y que se lo habia de volver. Alcé la mano y estampéla en la cara, señalándole todos los cinco. Metió la suya á la espada, y yo no me habia quedado postrero, y fingiendo retirarse, me sacó hasta la puerta de la venta; estaba á punto la cuadrilla, y diciendo «paz, paz,» me tiraban muchas estocadas y cuchilladas. Acudieron de una parte estudiantes en mi favor, de la otra hijos de vecino de Alcalá, que son bandos viejos como de Güelfos y Gibelinos, y se movió una polvareda que no se podia apaciguar.

Fué grande suerte que un alguacil de corte pasaba de Guadalajara con un preso y gente de guarda; á la voz del rey, huyeron los rufianes de las señoras castañeras que tenian la cola de paja, y sabian de todos oficios, y eran de lo mas fino de Alcalá y puerta de Madrid; tenian miedo de pasear otra vez las calles de la corte con tanto acompañamiento y saludados á traicion; y no se pudo averiguar quién eran los de la pendencia, porque eran tantas las espadas desnudas, que todo fué confusion. Milagrosamente me escapé deste peligro con unos piquetes en la capa, que me la habia revuelto al brazo. Entramos domingo de mañana por Madrid, tuvimos dia alegre y grande regocijo en

casa, fui reconociendo el lugar, que en él había pasado varios sucesos, y no dejé de andar sobre mí, y con recelo que no cayese en la cuenta el de la capacha, que me entregó incautamente su dinero, y á quien supe yo dar cantonada. Pasé mi Puerta del Sol, acordándome de mi tiempo pasado, y siempre con el alguacil del recelo, aunque el hábito tan diferente y la mudanza de mi persona me prometían mucha seguridad; porque habíame salido la barba, y del todo quedé disfrazado; tampoco no pareció el que podía quejarse de mí, porque ó era muerto, ó como mercader negociante estaba fuera. Fuíme á ver á mi cocinero en casa del conde de Miranda, hallé que ya era muerto, y que tenía la plaza uno de mis compañeros que había casado con la viuda. Pesóme mucho de su muerte, que quisiera hallarle, y que me viera en mi hábito de estudiante. Entendí allí lo que se decía por Madrid: que su Majestad iba á Valencia á celebrar sus felicisimas bodas, y que ya se ponía en orden la casa del conde para acompañarle. Dióme mucho deseo esta novedad de seguir la corte, y ver la ciudad de Valencia, que tan nombrada es en el mundo por regalada, y de maravilloso sitio, aguas, frescuras, flores, agruras de naranjas, cidras, ponciles y limones, confituras, ingenios y otras grandezas.

CAPITULO VIII.

En que Guzmán cuenta cómo se resolvió de ir á Valencia, y asentó con un caballero, y refiere lo que pasó con un lacayo vizcaíno, y se declara la causa por qué se dijo vizcaíno burro.

¶ Dijo una vez el Señor á sus discípulos, segun escribe san Mateo: « sed prudentes como las serpientes, y simples como las palomas. » Predicóse esta doctrina tan universal, porque no era para solos ellos, antes enseñaba á los presentes y amonestaba á los venideros. Es esta virtud de la Providencia la sal con que se asaborean los manjares, que no hay cosa en que no sea menester. Y así, por mucho que se diga della, no es sobrado. Dos maneras de prudencia pone el glorioso san Basilio: una es mala, y otra buena; de la primera se precian los hijos deste siglo, que llaman prudente al hombre astuto, malicioso, agudo, matrero, artificioso y redomado, el cual, con daño ajeno, mira por el provecho propio. Esta mata, dice san Pablo, y la segunda da vida; porque la una es hija del espíritu bueno, y la otra es mala cria de Satanás. La verdadera prudencia, segun san Agustín, es una virtud que enseña al hombre qué es lo que debe desear, y debe huir, conforme á reglas de buena razon. Pónense dos caminos ó medios para conseguir el fin que pretende: la voluntad, como ciega, inclinase á lo que le da gusto; la luz interior del alma dice con sus razones, y con esto quedase el entendimiento perplejo á veces, sin saber de quién se fiare. Entra en esta sazón la prudencia, que considerando lo antecedente, presente y futuro, propone lo que mejor le parece convenir; y así los antiguos pusieron en tal preeminencia esta virtud, que, reduciendo las demás á la prudencia, la hacían reina y señora de todas ellas. Y siu duda es una luz que distingue lo oscuro de lo claro, lo falso de lo verdadero, lo cierto de lo dudoso. Es como maestra de capilla, que pone cada virtud en su punto, y si dél sale, todo va desentonado. Puso Dios todas las cosas en concierto y medida, de cuya consonancia sale la hermosura del ánimo (que así llama Sócrates á la prudencia); y como ninguna destas va violentada, todo es cierto, todo perpetuo, todo duradero; todas las cosas en que se pone la perfeccion de las virtudes morales, son muy buenas; pero en faltándoles la prudencia, son como parto sin dias, que de ordinario tiene poca vida. Las otras virtudes enderezanse á templar el apetito, pero la prudencia tiene por oficio el gobernar la razon, de la cual nace todo el buen suceso de nuestras acciones. Es tan superior á todas, como el sol á los planetas, el carbunco á todas las piedras preciosas, y el oro á los metales. Es

regla de prudencia, que el cuerdo pregunte por lo que no sabe, y se guardé de ser cabezudo y arrimado á su parecer; antes procure ser mas amigo del ajeno que del propio. Porque, como decia el gran turco Mahamet, segundo deste nombre, y octavo emperador de otomanos, en todas cosas corren muy gran peligro los sucesos, cuando no precede algun diligente y maduro consejo. Muy dispuesto está para errar quien no se rinde al parecer de otro; porque los que dicen que mas ven cuatro ojos que dos, en esto restriban. Las cosas de importancia de la direccion de nuestra vida, y el tomar ó mudar estado, débense tantear con largos pensamientos, madurar con discursos espacios, y mirar con mas ojos que una red. Pues si lo muy considerado se yerra algunas veces, ¿ qué será lo que se hace sin prevencion alguna, con solo el acuerdo de sus antojos? Pero el soberbio deja de atender á consejos, porque el altivo pensamiento, que todo lo entiendo, tanto juzga menoscabar de su reputacion, cuanto se sujeta á preguntar, siendo esto al revés; que mas se estima un buen juicio y entendimiento cuando, conocido por tal, huelga de oír la razon ajena. No se puede negar, que es dificultoso el atarse un hombre al parecer de otro, y mas si es contrario al suyo; pero siendo tan necesario y provechoso, débese hacer fuerza de velas, hasta contrastar su natural, en caso que se sienta marear por este lado, no siendo amigo de oír consejos. Esté punto encomendó Tobias el Viejo á su hijo, estando para morir, que suele ser tiempo de verdades más desnudas. Procura siempre el parecer del sabio, porque entre otros provechos que trae, uno es la honra, teniéndose por condicion de pechos muy ahidalgados, y corazones generosos, atender con gusto á lo que otros dicen; pues á las veces acierta un pobre con lo que no alcanza un rico, y avisa un mendigo lo que no sabe un rey; á las veces pone Dios un desengaño en un hombrecito de agua y lana, que quiso tener encubierto á los nobles y cortesanos de gran estofa, apunta muchas cosas á veces un bárbaro, que él mismo no las entiendo, solo porque quiere Dios hablar por él. El buen consejo, á quien le ha menester, es como el manjar á quien tiene hambre, que ni mira si se lo dan en plato nuevo ó desportillado, de plata ó de barro, grande ó pequeño. ¶

En esto harto me acomodé y humillé, pues para el nuevo viaje que intentaba (conforme la poca prudencia que yo tenía) tomé parecer de quien me le dió bien contrario á mi provecho, pidiéndole á quien debía yo saber que no le tenía para sí, ni me lo podia dar bueno. Volví á casa, y apartando en puridad á mi amo el mozo, le dije, que yo determinaba de ir á Valencia, á ver las grandezas que se esperaban de fiestas en las dichas bodas del rey nuestro señor, que me dijese lo que le parecia. Era el otro de su natural tan amigo de cosas nuevas como yo; no solo aprobó mi parecer, pero aun resolvió que nos fuésemos ambos á dos de camarada, que él procuraria de su casa sacar un buen pello para el camino. Dióme el consejo conforme su naturaleza y aficion propia, que le llevaba el corazón do no le convenia, y conforme su edad y poca prudencia. Y no he ponderado esta materia de prudencia sin causa; porque por la falta della, y no tomar consejo de quien me le diese provechoso, me vi en los trabajos que verás en este viaje de Valencia, y me fuera mucho mejor asistir en la universidad y trabajar en mi estudio. La experiencia es hija del tiempo, y madre de los buenos consejos, y así le habia yo de procurar de hombre anciano y virtuoso; porque los años con la virtud, la edad con la experiencia, el mucho ejemplo con el largo tiempo, valen grandemente para dar consejo á otros. Mas como me acogí al mozo sin seso ni experiencia, perdí mi camino, y di al través. El mozo es bueno para pelear, el anciano para aconsejar; la primavera es para flores, lo viejo del año para madurar frutos. Bien caro me costó el

mal consejo; el que me le dió procuró por su parte sacar repelon de su casa.

Yo hallé quien me diese librea de paje para este camino, porque toda la corte estaba aprestándose para esta jornada, y se daban muchas y muy buenas libreas, y aun no se hallaban tantos criados como eran menester. Un caballero italiano, que se llamaba don Carlos Carli, estaba cerca de mi posada: fácilmente nos concertamos; dióme un vestido de raja fina, capa, ropilla y valon de color de rosa seca, con muchos pespuntes; la capa aferrada en tafetán amarillo; sombrero fino con trencilla bordada de oro, plata y granates, y con muchas plumas. Salí á volar muy bizarro, necio y desvanecido. Eramos cuatro pajes y dos lacayos; teníamos lindos ratos con uno de los lacayos, que era vizcaíno, y como suelen, muy apasionado por su tierra y su hidalguía; luego le metia en esta conversacion, y algunas veces mi amo gustaba infinito, porque se decian lindas cosas. Era nuestro lacayo grande amigo de leer historia, como otro lacayo que yo conocí del marqués de Terranova, que por pleitos habia venido á la corte; y el lacayo jamás dejaba los libros de las manos, que si fueran de leyes, le pudiera ser á su amo buen abogado: es verdad que tenía en confesion todo lo que leia; pero el nuestro, en llegando á materia de hidalguía, no sabia mas Otorá, Juan Garcia ni Gutierrez, que escribieron de nobilitate.

Sabia maravillosamente las historias de su señorío de Vizcaya, y los privilegios de los vizcaínos, y la manera de hacer leyes y estatutos en el señorío, que no pueden ser sino debajo del árbol de Garnica en junta general, y con acuerdo de los vizcaínos. Este me hizo deprender muchos cuentos de vizcaínos del libro de los apotegmas para sacalle de quicios. Entraba luego en que bastaba decir vizcaíno para que se tuviese por hidalgo, porque valia la consecuencia vizcaíno, luego hidalgo. Yo decia que me cuadraba mas la otra, vizcaíno, luego burro. Encolerizábase, y decia que la razon por qué á los vizcaínos les llaman burros, es porque cuando salen de su tierra, como son gente noble é hidalga, salen sin doblez ni malicia, muy llanos, benignos, simples y pacíficos, que son calidades del pecho noble; y porque la lengua vizcaína no se puede trocar fácilmente, por ser intrincada, y suelen tropezar y hablar cortamente en la castellana: paréceteles que no alcanzan mas que lo que dicen; y engañanse, porque mas ingenio arguye el darse á entender aun en la lengua ajena con menos palabras, y en sabiéndola no hay vizcaíno que no pruebe muy bien en toda cosa y sobre todo en gran lealtad, fidelidad y buena ley. Y así vemos que muchos son secretarios de principes y de su Majestad, de grande entereza y confianza, y otros contadores, y tienen á su cargo la administracion de hacienda, y no se puede negar que la opinion que dellos se tiene es de muy leales. Y no les pueden tachar su lengua aunque obscura, antes es el mayor blason é indicio de su nobleza; porque es una de las setenta que en la confusion de la torre de Babilonia por voluntad divina se inspiró, y es tan compendiosa, sentenciosa y significativa, que casi en cada vocablo declara un grande concepto: lo que solo se halla en la hebrea, cimbría y esclavónica; y vese que es la misma lengua sin que se haya mudado ni corrompido ni en un vocablo; porque los mismos con que se significan cosas permanentes, como son rios, montes, ciudades y pueblos, duran agora desde antes de las guerras y monarquias de los romanos y cartaginenses, como se ve por las historias graves. Y de aquí es también, que viendo los vizcaínos lo mucho que se significa con pocos vocablos de su lengua, pensando que es así en la castellana, quieren hablar tan conciso y abreviado que los llaman cortos como vizcaínos, y se ha tomado en proverbio. Esta lengua trujeron á España Tubal y los suyos, que vinieron á poblar; de donde se ve su gran antigüedad, y

haña conservado de manera que también en la manera de vestir, y al menos en los tocados de las mujeres han conservado el traje que trujeron Tubal y los primeros pobladores, que es el que usan armenios y persas, y nunca han consentido que gentes extranjeras se mezclen con ellos por conservar la pureza de su antigüedad y nobleza.

Erame yo de mi natural fisgon y amigo de sacar á barrera, y cada dia nos tomábamos ambos á disputar esta materia vizcaína. Yo no era menester para engolfalle en la plática, sino negalle su argumento: vizcaíno, luego hidalgo. Quiso un dia mi amo oír de propósito la disputa; y yo empecé á probar, primero: que no se podia sacar aquella consecuencia, porque si todos los vizcaínos fuesen hidalgos por solo ser vizcaínos, seria oscurecer la nobleza de algunas familias de vizcaínos, las cuales notoriamente son hidalgas y tienen casa, suelo, voz, apellido, armas y baronia en montañas, como son las de yuso nombradas; no escluyendo las demás que fueren semejantes á ellas. La casa de Alujica, la de Buitron, la de Urquiza, la de Avendaño, la de Arteaga, la de Salcedo, la de Salazar, la de Muñatones, la de Zamudio, la de Lijizamo, y la de Aulestia. No luego por ser vizcaíno se ha de entender que es hidalgo, pues le falta la distincion al que no es de semejantes casas, sin la cual ni de derecho común ni de España no hay dar hidalguía. Mas: que en Vizcaya no hay distincion alguna de pechero á hidalgo, ni actos algunos que hagan distinguir al noble del plebeyo (segun consta de unas probanzas que sobre esto se hicieron en la villa de Bilbao y sus aldeas); luego nadie podrá probar que es hidalgo; porque la probanza de hidalguía se ha de hacer por la fama, estimacion y reputacion de que uno se ha tratado como hidalgo, y hecho actos como tal, con que se distingua de los villanos, plebeyos y pecheros. Otrosí: habiéndose dudado en el año 1545 y 1550, cómo habia de probar la hidalguía el vizcaíno, se mandó consultar con las chancillerías de Valladolid y Granada, segun he leído en Otorá de nobilitate, folio 150. Y el acuerdo de Valladolid fué: que el vizcaíno no pudiese gozar de hidalguía, si no probase otros adminículos y actos positivos, y cualidades en que se diferenciasen los nobles y hijos-dalgo de los villanos y pecheros, la cual respuesta es muy conforme á las leyes de Castilla; y no basta que en Vizcaya tienen costumbre de no pechar ni pagar pechos, ni esta es verdadera probanza de hidalguía de todos los que viven y son originarios; porque segun esto todos los originarios de Valladolid que tienen la misma exencion, la cual también tienen otros lugares, serian hijos-dalgo, lo que notoriamente es falso; y finalmente no se pueden valer los vizcaínos de la ley diez y seis del título primero del fuero de Vizcaya, por la cual pretenden tener fuero confirmado para que, probando solamente ser originarios vizcaínos, sean pronunciados y declarados por hijos-dalgo, porque esta no es ley, sino una simple peticion que se dió á su Majestad año de 1550, sobre que al parecer cayó la consulta de Valladolid (como declara Otorá), y el compilador del fuero de Vizcaya puso aquella peticion sin respuesta, por ley no lo siendo, consta claramente della. Y así concluyo que los vizcaínos no solo no tienen en su favor el argumento, es vizcaíno, luego hidalgo, pero por el contrario ningun vizcaíno puede probar su hidalguía. Estaba tan desesperado nuestro lacayo de oír estas razones, que le pareció á mi amo que con la cólera habia de decir algun disparate, y así mandó que se pusiese á punto y que sobre acuerdo para la tarde trujese por su parte las razones que tenía en favor de la nobleza de Vizcaya; porque las contrarias le parecían muy fundadas, y así era menester mirar bien por la respuesta, apercibiéndole que le oiria de muy buena gana, porque estaba con deseo de saber de raiz esta materia, con que se sosegó el vizcaíno, y empezó á revolver libros y hacer una memoria en un papel para venir á las conclusiones y probar la suya.